

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XVII

Abril de 1940

Núm. 178

Puntos de vista

SE ha planteado en la república del Plata una situación curiosa con motivo de las declaraciones de facistas argentinos publicadas en un diario italiano. Las declaraciones de estos elementos que residen desde hace tiempo en la vecina república, pero que son afectos en forma muy ceñida al totalitarismo italiano, representan un verdadero atentado a la democracia. Desde luego, esa declaración insertada en el diario del líder Farinacci, dice que estos legionarios italianos residentes en Argentina, iniciarán una tenaz campaña contra la democracia, pues en esta hora decisiva no queda otro recurso que abatirla para dar paso a los gobiernos totalitarios. Se entiende, en el fondo, que toda esta exaltación fascista se encamina a la creación de minorías dentro del territorio. El canciller argentino declaró, por su parte, que de ningún modo el gobierno de su patria aceptaría la formación de tales minorías.

Las experiencias europeas son bastante duras y amargas para que los países hispanoamericanos permanezcan en la indiferencia. Las pequeñas nacionalidades del Viejo Mundo han sido absorbidas unas tras otras por los países totalitarios. Para efectuar esta operación de absorción no se requiere de escrúpulo alguno. Por supuesto que estaría de más cualquiera consideración de orden internacional o simplemente de derecho humano a gozar de una relativa independencia en esta empresa de borrar del mapa a pueblos que ayer eran libres y soberanos dentro de sus fronteras.

Austria, Checoslovaquia, Polonia, Finlandia, Noruega, que

resiste hasta este momento, son ejemplos bien claros de cómo los pueblos totalitarios entienden el proteccionismo. Y América no puede permanecer tranquila. América tiene encima de su horizonte el peligro vivo de naciones que si salieran vencedoras de la contienda europea, dejarían caer todo el peso de su prepotencia sobre estas nacionalidades débiles. La democracia es, hasta ahora, lo único que puede redimir de la barbarie a las naciones y someterlas, por la presión generosa de los tratados o del derecho público.

Cuando las leyes son pisoteadas y los derechos desconocidos o ultrajados por la fuerza, se llega pronto al caos y como consecuencia al desastre final, con la horda como suprema conductora. Los países de América nacieron a la vida libre con el sustento de la democracia. En ella alimentaron sus esperanzas y con él han logrado realizar un largo y fecundo camino de reformas y progresos de todo orden. Cuando entre naciones más viejas y más soberbias por la civilización alcanzada, se desconocía la santidad de los tratados y los destruían con la violencia, en América los gobiernos entregaban al arbitraje sus diferendos de fronteras. Una lección de alta moral internacional que revela la naturaleza de la raíz democrática en naciones sólo ayer puede decirse, soberanas en su vida.

Todo intento de trastornar estos pueblos, introduciendo en ellos los gérmenes de tiranías arbitrarias, o tratando de sojuzgarlos por la imposición de doctrinas foráneas, que no obedecen sino a ambiciosos imperialismos y a ciegas prepotencias de mando, constituye un delito que América entera deberá disponerse a rechazar con la energía que el caso requiere.

Se impone en estos momentos de eclipse de toda moral política, la unión férrea de las democracias en un principio supremo de defensa de su estructura vital. Cada país de América representa para los ególatras que intentan dominar el mundo, no sólo un mercado, sino la posibilidad de explotación como si se tratara de territorios alejados geográficamente de su zona tradicional. Vale decir que América ha sido siempre no sólo la tierra de promisión

para los emigrados sino la tierra de futura conquista, por la riqueza de su suelo y la inmensa reserva de sus montañas y pampas.

Hay síntomas alarmantes y anuncios que nada bueno presagian. Lo ocurrido en Argentina, aunque de escasa importancia al parecer, envuelve, sin embargo, un alerta que no debe ser desoído.